

EL ACORDEON EN EL MAGDALENA

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

La presencia del acordeón en el Magdalena, en forma popular y muy difundida, constituye uno de los episodios más interesantes en nuestro folclor. No es el único instrumento europeo que haya tenido tal difusión en nuestros medios rurales. En el Chocó, el clarinete tiene tanto o más cultivo que el acordeón en el Magdalena. En ciertas provincias del Valle, Cauca y Nariño, el violín de confección casera es muy popular y no son pocos los virtuosos de su arte que no saben leer ni escribir, y mucho menos, el significado de signo musical.

La importancia del acordeón en el folclor magdalenense, y a través de él en el resto del país, toma creciente difusión, conformando notoriamente una nueva modalidad en nuestra música. Antes que todo, para comprender la incorporación del acordeón a nuestros aires musicales, hay que partir del hecho común en la evolución histórica de nuestro folclor, por el cual los instrumentos europeos, melódicamente más ricos que los primitivos de indios y africanos, han desplazado a estos, a la par que se han sumado a otros instrumentos autóctonos de acompañamiento. En el Chocó, el clarinete ocupó el lugar de las flautas indígenas, lo que se repite en el litoral Atlántico con las gaitas caribes. El mismo fenómeno acontece con el violín de rústica confección en el Cauca y Nariño. Pero estos instrumentos no llegan a desplazar del todo a los criollos en las zonas anotadas y al lado de conjuntos con clarinete, es posible encontrar otros que todavía se componen de flautas indígenas. Igual cosa sucede en Córdoba, Bolívar y Atlántico, donde el clarinete que imita el ritmo cadencioso de las gaitas, no ha logrado extirpar el uso de estos instrumentos.

En el Magdalena, sin embargo, la historia del acordeón es muy otra. Ya fuese por el gran sentido musical del magdalenense que siente expresarse más plenamente con el acordeón que con la chirimía primitiva, o porque la cercanía de Aruba y Curazao, les permitiera obtener más fácilmente el acordeón, cosa difícil en regiones aisladas como en el Chocó o el altiplano, lo cierto es que allí el instrumento europeo desplazó del todo a las flautas indígenas. Se acomodó al ritmo de la caja de percusión goajira y a la güacharaca, encontrando en el compás de estos y en la

melodía del instrumento suplantado, la flauta, un nuevo lenguaje criollo, el del paseo o son vallenato, aun cuando no siempre esté circunscrito a la provincia de Valledupar. El fácil transporte del acordeón y la posibilidad que brinda de acompañar al cantante sin otros instrumentos, dio lugar al nacimiento del juglar vagabundo que con él entre las piernas, sobre la angarilla de un burro, recorre de fiesta en fiesta los pueblos, llevando la alegría de su canto y el comentario del último episodio en la población vecina, unificando así el sentimiento popular de unas regiones y otras, asomadas en el relato del acordeonero y su acordeón.

¿Cuándo y cómo se inició esta invasión del acordeón en el Magdalena? No se han hecho investigaciones serias, pero todo hace presumir que penetró por la Goajira con los contrabandistas de Aruba y Curazao. Conocida es la raigambre popular del acordeón en Holanda y Países Bajos y nada de extraño tiene que esta hipótesis sea la más verosímil. Hay, sin embargo, quienes atribuyen la traída del acordeón a los inmigrantes de origen francés que se establecieron en las provincias del Magdalena. Sea lo uno o lo otro, puede afirmarse que su presencia no se remonta a mucho tiempo atrás, ya que ancianos valleduparenses afirman tener memoria de los primeros acordeones llegados allí, traídos por inmigrantes europeos que entraron por Ríohacha y la Goajira. Cuentan los mismos ancianos que en un comienzo, con el acordeón solo se tocaban valses, polkas, mazurcas, pasillos, y que mucho tiempo después, los acordeones criollos, comenzaron a ejecutar con este instrumento los ritmos que se ejecutaban en las flautas indígenas. Es claro para nosotros que el acordeón se sincretizó a los instrumentos regionales como lo hizo el clarinete o el violín en otras regiones.

Habitualmente el conjunto de acordeón magdalenense consta de la caja de doble percusión, indudablemente de raíz goajira, y de la guacharaca, instrumento frotativo conocido en Africa y América. Este último se confecciona con un gragmento del bambú llamado "lata", al que se excava, y en la parte libre, tras de agrietarlo, se le trazan ranuras. El frote acompasado de una costilla de res, originariamente, o de una varilla de alambre como se acostumbra en la actualidad, produce el sonido característico de este instrumento, similar al de las maracas.

De la caja de doble percusión goajira hay que anotar el hecho de ser percutada con las manos y no con bolillos, modo usual entre los indígenas goajiros. La pérdida de los redoblantes puede deberse a la influencia de la percusión manual introducida por los tambores africanos y que tanto se popularizó en el litoral Atlántico. A esta creencia da fuerza el hecho de que su ritmo guarda más similitud con la de los tambores de origen africano que con el tamboril de los indígenas.

Con el canto del acordeonero, casi siempre en cuartetos, indudable herencia del romancero español, completamos los tres elementos de mezclas de la música vallenata: la raigambre criolla, la copla española y el extraño acento europeo del acordeón, que gracias a la música del Magdalena, se ha incorporado definitivamente a nuestro folclor.